

Desde la dialectología a las lenguas en contacto

Marius Sala
Universidad de Bucarest

1. Este artículo en homenaje a José Luis Rivarola me ofrece la oportunidad de hablar sobre mi colega y amigo, pero además sobre mí, más exactamente, me permite confesar por primera vez cómo he llegado a ocuparme del problema tan actual de las lenguas en contacto.

Nos conocimos en Heidelberg, en 1971, cuando cada uno de nosotros se proponía presentar su lengua materna (José Luis, el castellano, yo, el rumano), en el Seminario de idiomas románicos dirigido por K. Baldinger. En una de nuestras *tertulias* José Luis y yo debatimos con pasión sobre el papel del sustrato en la evolución de la estructura fonética. Él había escrito junto con K. Baldinger el artículo *Lingüística tradicional y fonología diacrónica* publicado en "Anuario de Letras". En determinado momento de nuestra charla me preguntó divertido: "¿Baldinger sabe todo lo que me cuentas?" Fue una de las conversaciones serias sobre este tema la que me determinó a profundizar el contacto entre lenguas en un estudio independiente.

2. Hasta la fecha nunca he hablado de cómo había escogido este tema que tanto me captó y me fascinó.

Mis primeros pasos en la lingüística datan de la época de mis estudios en la Universidad de Bucarest, cuando me dedicaba al análisis de las hablas rumanas. Mi primer artículo fue el trabajo de final de carrera *Termenii pentru "unchi" după Atlasul lingvistic român* (1955).

Compuse en aquel entonces, sin saberlo, el primer mapa semántico en la lingüística rumana, según se ha afirmado recientemente en una tesis doctoral. Los primeros diez años me ocupé sólo de la dialectología. Uno de mis maestros, Alexandru Rosetti, bajo cuya dirección trabajé, envió dos de mis primeros artículos de geografía lingüística concebidos a base del Atlas Lingüístico Rumano a "Revue de Linguistique" Romane (*Autour de "l'Atlas linguistique roumain, nouvelle série"* 1958; *Un cas d'homonymie et de synonymie: roum. cârlan, noaten* 1960). No recogí tan sólo material en el terreno, sino entré también en el laboratorio del idioma. En el VIII Congreso Internacional de los Lingüistas de Oslo presenté *Remarques sur la réaction des sujets enquêtés pour l'Atlas linguistique roumain* (v. *Mélanges linguistiques*, Bucarest, 1957). Rosetti me encomendó la dirección de varios proyectos, inclusive la encuesta en Rumanía del Atlas Lingüístico Mediterráneo. El cuadro de estos años de mi juventud lingüística, que denomino en esta ocasión por vez primera *la época de color rosa*, sería incompleto si no recordara que aún desde el segundo curso había empezado a leer libros teóricos de geografía lingüística. El autor moral fue el otro gran maestro mío, Iorgu Iordan. Durante dos años, todos los martes, a las cuatro de la tarde, se reunía conmigo en las así llamadas "horas de consulta". Éramos sólo nosotros dos. No era un dialectólogo propiamente dicho, a pesar de que había escrito algunos artículos sobre estos temas, pero conocía como ninguno la obra de Gilliéron, creador de la geografía lingüística, porque había conocido muy de cerca uno de los cuatro capítulos de su conocida *Lingüística románica. Evolución-corrientes-métodos*, Madrid, 1967 (la primera versión rumana *Introducere în studiul limbilor romanice. Evoluția și starea actuală a lingvisticii romanice*, Iasi, salió a luz en el año en que nací, 1932). Me preguntaba sobre mis lecturas y me enseñaba cómo leer los libros de lingüística. Fue entonces cuando descubrí una obra de Karl Jaberg, *Aspects géographiques du langage* 1936, mi "biblia" de aquel período. Mi atención se dirigía hacia la descripción y difusión de los hechos dialectales. Me interesaba menos la diacronía, aunque el mayor dialectólogo rumano de la época, Emil Petrovici, con el cual tenía citas semanales, me comentaba, además, cómo se había llegado a la situación actual. Estaba fascinado con su personalidad (ihablaba 15 idiomas!), no había quien conozca mejor las hablas (realizó las encuestas para el *Atlas Lingüístico Rumano II*; el

encuestador del *Atlas Lingüístico Rumano I* fue Sever Pop) y afirmaba a menudo, sin que yo le entendiera claramente al inicio, “en la lengua todo está en relación. Nada se puede explicar aisladamente”.

3. Un día Petrovici me preguntó si estaba dispuesto a emprender una encuesta dialectal con él. Loco de alegría, acepté. Me quedé atónito cuando me propuso que nos encontráramos a las seis de la tarde en un barrio bucarestino. Ante mi sorpresa (cómo realizar encuestas dialectales de noche) precisó que se trataba de una encuesta especial en una familia de sefarditas (su hija estaba casada con un sefardita). Mi sorpresa mezclada con inquietud debido al hecho de que no sabía quiénes eran los sefarditas y de que no conocía el español, me fue disipada por Petrovici cuando me dijo que tampoco conocía el español, pero que había empezado a recoger palabras y formas judeoespañolas. Al poco tiempo me pidió que continuara solo las encuestas que duraron unos años. Mi primer artículo sobre la lengua de los proverbios sefardíes publicado en *Recueil d'études romanes* (1959) contenía las observaciones de un novato que creía que todo lo que existe en judeoespañol y no hay en el español estándar se debía a la influencia extranjera (invocaba incluso el influjo del rumano). Mi estado eufórico fue interrumpido por una reseña favorable de M.L. Wagner en la cual, con delicadeza, indicaba al “joven romanista” que lo que le parecía ser el resultado del contacto entre lenguas se daba en español, particulamente en algunas variantes dialectales del mismo.

Al poco tiempo conocí en Bucarest a mi futuro profesor “a distancia”, Bertil Malmberg. En el Coloquio sobre civilizaciones, literaturas y lenguas románicas de Bucarest (1959), él presentó el informe *L'extension du castillan et le problème des substrats*. A pesar de sus pequeñas dimensiones, esta ponencia me hizo entender algunas cosas que, en esencia, me convencieron de abandonar mi antiguo modo de concebir la evolución de la lengua: aprendí de B. Malmberg varias cosas, pero en especial que la lengua es una estructura con elementos centrales y periféricos, y que antes de recurrir a explicaciones externas hay que consultar las diversas variedades diatópicas y diastráticas del idioma en cuestión (lo mismo me dijo M.L. Wagner, pero sin nombrar la estructura). Estaba en la fase de elaboración de mi tesis doctoral que realizaba bajo la tutoría de Iorgu Iordan (*Phonétique et phonologie du judéo-espagnol de Bucarest* 1970). En

este trabajo ya no quedan huellas de la época de color rosa; había pasado a la época que denominaría de *color rojo vivo*, la época de “madurez juvenil”. Empezé a comprender el sentido de la afirmación de E. Petrovici “en la lengua todo está en relación”, a la hora de haber adoptado los principios del estructuralismo.

No sé cuál hubiera sido mi camino en la lingüística si, a principios de 1960, Iorgu Iordan no me hubiera propuesto que pasara del departamento de dialectología, dirigido por Rosetti, al de lingüística románica.

Iorgu Iordan concebía la romanística como el estudio comparado de los romances (con razón fue alumno de W. Meyer-Lübke, padre de la lingüística románica comparada), pero, no menos importante le parecía el estudio del rumano desde una perspectiva románica. Sin pedírmelo explícitamente, entendí que era mejor enfocar el estudio histórico del rumano desde una perspectiva románica. La ocasión se me ofreció con motivo del *Tratado de historia del rumano*, promovido y coordinado por Rosetti, en la época en que me ocupaba en cosas de dialectología. Para este tratado yo tenía que estudiar la fonética histórica en el período de comunidad de los dialectos rumanos (dacorrumano, arumano, meglenorrumano, istrorrumano), es decir, de los siglos VIII-XI. En mis intentos de explicar la evolución de la estructura fonética rumana recurrí a la comparación sistemática del rumano con los demás romances. Recogí los artículos publicados a los largo de varios años en *Contribuții la fonetica istorică a limbii române*, rechazando en ellos las explicaciones externas dadas a numerosos fenómenos fonéticos y fonológicos rumanos.

4. Designaría los últimos dos decenios de mi actividad como *la época azul*. La llamo así porque abordé los problemas fundamentales de la lingüística —el contacto entre las lenguas— con cierta calma. Intenté moderar los excesos de la juventud lingüística —inclusive de mi juventud— cuando se solía explicar todo por las influencias extranjeras. Analicé los problemas de las lenguas en contacto aprovechando la experiencia adquirida en el campo de la dialectología y de la historia del rumano como también la del área hispánica (el judeoespañol y el español americano). Publiqué dos versiones españolas (México 1988, Madrid 1998) y una rumana (1997) del libro *Limbi în contact*. A diferencia de otros trabajos semejantes no me limité al estudio del mecanismo del contacto lingüístico, sino que me interesé

por sus consecuencias (analicé el lugar que ocuparían los préstamos en la estructura de las lenguas receptoras). Otra aplicación de este método de interpretar el resultado del contacto entre lenguas es una obra relativamente pequeña (de unas 200 páginas), *De la latină la română* (publicada en francés, español, japonés e italiano), que es, de hecho, la historia del rumano desde una perspectiva románica.